

Vidas



CICR

Vidas



CICR

© **Delegación del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) en Colombia**

Calle 76 No. 10 - 02 - Bogotá, D.C. - Colombia - ++571 313 86 30 - bogota.bog@icrc.org

Jakob Kellenberger
Presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR)

Barbara Hintermann
Jefa de la delegación del CICR en Colombia

Christina Oberli
Coordinadora de asistencia CICR

Viviana Jiménez
Asistente de asistencia CICR

Yves Heller
Coordinador de comunicación CICR

Textos y fotos de los testimonios
Carlos Ríos
Asesor de comunicaciones CICR

Fotos centrales CICR

Diseño
Andrea Bohórquez González
T2007.47/003 - 1.000/08.07

Producción: Departamento de comunicación del CICR
Bogotá D.C. - Colombia, agosto de 2007

**A todas y todos quienes
hacen posible
este proyecto**



CONTENIDO

9



Las personas desplazadas en el mundo

Por Jakob Kellenberger
Presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR)

11



El desplazamiento en Colombia

Por Barbara Hintermann
Jefa de la delegación del CICR en Colombia

13



Programa de asistencia del CICR a la población desplazada en Colombia

Por Christina Oberli
Coordinadora de asistencia de la delegación del CICR en Colombia

19



Presentación de las historias

20



1997
“Dizque una vida asegurada y mire como quedamos de viejos”

24



1998

“En cuatro meses perdimos lo que construimos en más de 8 años”

28



1999

“Toca vivir con lo que mi Díos le ayude a uno...”

32



2000

“Su hija y su nieto se salvaron pero a su esposo lo mataron”

36



2001

“Qué gran ayuda es que nos den algo, cuando no tenemos absolutamente nada”.

40



Asistencia a personas desplazadas en imágenes

44



2002

“Cuando pienso en lo que he vivido me pregunto: ¿a qué horas pasó toda esta tormenta?”

48



2003

“... nunca vamos a regresar por allá, eso sí que no”

52



2004

“Tendré que hacer de papá y de mamá para salir adelante”

56



2005

“... aquí nadie nos conoce ni nos ayuda, estamos solos”

60



2006

“Mi hija ve la foto de la mamá y dice que la mataron. Es sólo una niña de dos años, eso no es justo”



Las personas desplazadas en el mundo

Por: Dr. Jakob Kellenberger

Presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR)

Cada día, millones de personas desplazadas en el mundo sufren por haber perdido lo esencial en sus vidas, la familia, los amigos, el hogar, la tierra, en una palabra, las raíces. Cada historia es única, pero todas tienen un común denominador el dolor y el sufrimiento padecidos.

Para el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) es primordial la suerte de las personas desplazadas como consecuencia de los conflictos armados y otras situaciones de violencia. La acción humanitaria del CICR benefició, tan solo en 2006, a más de 4 millones de personas desplazadas en 32 países, entre los cuales, Sudán, Sri Lanka, Somalia, Irak y Colombia. El aumento del número de desplazados en los conflictos armados es una gran preocupación para nuestra Institución.

El CICR tiene el mandato de proteger y asistir a las personas desplazadas buscando respuestas humanitarias que se ajusten a cada contexto. En Colombia, las personas desplazadas han podido beneficiarse de la asistencia humanitaria del CICR en los últimos 10 años, tal y como lo ilustra esta publicación.

Los testimonios que se recogen en las siguientes páginas son la expresión del sufrimiento que el desplazamiento causa a hombres, mujeres y niños y niñas indistintamente, no sólo en Colombia sino en muchos otros países. El CICR procura mantenerse siempre próximo a las personas desplazadas, a fin de comprender mejor sus necesidades y atender a éstas de la manera más adecuada y oportuna posible.



Dada la magnitud de la problemática del desplazamiento en Colombia, es necesario entablar, como en otras regiones del mundo, una coordinación entre las organizaciones humanitarias y las autoridades responsables. El CICR está firmemente empeñado en participar en una coordinación eficaz con otros actores en conformidad con sus principios de una acción humanitaria independiente, neutral e imparcial.

Con esta publicación, el CICR quiere dar el espacio a algunas familias desplazadas, y sus palabras podrían ser las de cientos de miles de colombianos que atraviesan por las mismas circunstancias. Además, se quieren mostrar las preocupaciones de cada miembro de nuestra institución por aportar una ayuda humanitaria que mitiga el sufrimiento de estas familias desplazadas.

Para terminar, el CICR insta a una aplicación más rigurosa del derecho internacional humanitario que aporta reglas no sólo para la posibilidad de prestar protección y asistencia a las personas civiles en tiempo de conflicto, sino que permitiría también prevenir los desplazamientos.


Dr. Jakob Kellenberger

El desplazamiento en Colombia

Por Barbara Hintermann

Jefa de la delegación del CICR en Colombia

Cuando conozco los testimonios de las familias que, de manera muy generosa, aceptaron compartir sus historias me da tristeza y gran preocupación al ver hasta que punto su vida y la de muchos colombianos ha sido afectada por el desplazamiento causado por el conflicto armado que vive Colombia.

La situación humanitaria en Colombia ha traído consecuencias difíciles para la población civil. Una de ellas, el desplazamiento forzado que ha obligado a millones de colombianos a abandonar sus viviendas, sus tierras, sus cultivos, sus animales y su cultura para luego vivir la frialdad y la hostilidad en las grandes ciudades a donde generalmente llegan y en donde la solidaridad, en muchas ocasiones, está ausente.

En el contexto colombiano, específicamente en el marco del conflicto armado, el CICR en cumplimiento de su misión humanitaria, mantiene contacto permanente con las víctimas y desarrolla diversos programas y proyectos de manera integrada para atender sus necesidades básicas.

En cuanto a las obligaciones del Estado colombiano para la atención de las personas afectadas por el conflicto armado, es a destacar los importantes avances en la política pública para la atención de las personas desplazadas. En especial, se ha reconocido legalmente el desplazamiento, a través de la promulgación de la Ley 387/97 y sus decretos reglamentarios que reconocen los derechos de estas personas, que ha conducido a aumentos importantes en la asignación presupuestal para la atención humanitaria.



No obstante, estos valiosos esfuerzos por parte del Estado colombiano y en particular, de las entidades que conforman el Sistema Nacional de Atención a la Población Desplazada (SNAIPD), es necesario fortalecer aun más la respuesta para poder así restituir el ejercicio de los derechos que le han sido vulnerados a la población desplazada.

Tengo confianza que con la fuerte institucionalidad que tiene el país, el mayor compromiso del Gobierno colombiano, la ayuda de la cooperación internacional y la solidaridad de la sociedad civil en general, se podría superar la condición de vulnerabilidad de las personas desplazadas. Siendo necesario ir más allá de la asistencia humanitaria de emergencia y lograr, por lo tanto su consolidación socioeconómica o el retorno.

Por su parte, el CICR, con un equipo humano con gran sentido de compromiso, seguirá trabajando cada día en el fortalecimiento de sus programas de asistencia, buscando con ello estar más cerca a las víctimas del conflicto para brindarles protección y asistencia oportuna, acorde con sus necesidades esenciales y con un enfoque diferencial.

El CICR, a través de esta publicación, hace un aporte a la reflexión sobre la dura realidad que viven las personas desplazadas en Colombia y la necesidad de encontrar respuestas que mejoren sus condiciones de vida.



Barbara Hintermann

Programa de asistencia del CICR a la población desplazada en Colombia

Por Christina Oberli

Coordinadora de asistencia de la delegación del CICR en Colombia

Desde que la delegación del CICR en Colombia inició, en 1997, su programa de Asistencia Humanitaria de Emergencia, 1.024.940 personas (222.579 familias) han recibido apoyo. De éstas, 53% son menores de edad, 25% mujeres y 22% hombres. En los últimos 5 años registramos también que la asistencia humanitaria se entregó proporcionalmente a 6.2% de indígenas y 11.8% de afro-colombianos. De las familias atendidas, 18% correspondió a mujeres solas en cabeza del hogar.

Modalidad de atención

La población es atendida de acuerdo a como se desplaza. Masivamente, cuando varias familias (más de 10) se desplazan hacia la cabecera municipal más cercana a su lugar de habitación. En estos casos, el CICR brinda asistencia directamente en el lugar a donde llegan las víctimas. Individualmente, cuando las familias salen una a una y llegan, generalmente, a los grandes centros urbanos en donde son asistidos por el CICR. En cada situación el personal del CICR adelanta una evaluación de necesidades y posteriormente, realiza la entrega de la asistencia.

La ayuda del CICR consiste en la entrega de alimentos que cubren las necesidades básicas por un periodo máximo de tres meses y, hasta seis meses para familias con condiciones especiales de vulnerabilidad (mujeres, hombres o adultos mayores que se encuentren solos en la jefatura del hogar, huérfanos y familias con un miembro discapacitado). Así mismo, se distribuyen, por una vez, elementos esenciales para el hogar, tales como útiles de aseo, cocina, vajilla, ropa, sábanas, colchonetas o chinchorros, cobijas y toldillos.



Cerca de 4 millones de mercados, 600.000 paquetes con elementos de aseo, 100.000 paquetes con utensilios de cocina, 500.000 elementos de vajilla y 1'500.000 elementos para dormir fueron distribuidos entre la población en situación de desplazamiento por los equipos del CICR durante los últimos diez años.

¿ De dónde han venido a dónde han llegado?

Cinco departamentos del país se destacan por haber sido expulsores del 50% de la población atendida por el CICR: Antioquia (19.3%), Caquetá (9.3%), Chocó (7.7%), Bolívar (7.2%) y Norte de Santander (6.2%).

Estas personas recibieron apoyo del CICR principalmente en: Antioquia (20.1%), Caquetá (9.2%), Bogotá, D.C. (8.0%), Sucre (6.7%), Norte de Santander (6.2%), Chocó (6.1%) y Santander (5.7%).

Tendencias del desplazamiento

Durante estos diez años, 2002 es el año que refleja mayor cantidad de personas asistidas. Durante ese año, el CICR atendió casi 180.000 personas víctimas del desplazamiento. De éstas, 57% se desplazaron de manera masiva.

Hasta 2002, los desplazamientos masivos representaban la mayor cantidad de población atendida, constituyendo casi 60% de la asistencia distribuida por el CICR. Sin embargo, durante los últimos cuatro años, el desplazamiento individual alcanzó 66%, lo que refleja el incremento del fenómeno del desplazamiento gota a gota.

La protección de las víctimas

En situaciones de desplazamiento, además de brindar la ayuda humanitaria de emergencia a las familias, el CICR busca mediante el diálogo confidencial sensibilizar a las partes en conflicto sobre las consecuencias humanitarias para la población afectada.

Por otra parte, el CICR en el marco de su mandato desarrolla diversas actividades que buscan proteger la vida de las personas que han sido víctimas, entre otras, de amenazas, dando orientación y apoyo según la problemática y necesidades de cada caso.

Acceso a la salud

La salud representa una de las preocupaciones principales de las personas desplazadas. El CICR apoya a estas familias en transporte, alojamiento y medicamentos con el fin de que puedan beneficiarse de atención médica. Entre 2002 - 2006, más de 27.000 personas han recibido apoyo en este sentido. Adicionalmente, se les orienta a los servicios de salud competentes y se realiza gestión ante éstos, para que reciban los cuidados requeridos.

Las alternativas son posibles en la asistencia humanitaria

Para aportar una respuesta humanitaria más adecuada a las necesidades de las víctimas del desplazamiento, se inició, en Bogotá, en 2005, un programa de distribución de bonos que busca que las familias desplazadas tengan la oportunidad de hacer sus compras en mercados cercanos a su lugar de residencia y de acuerdo con su cultura de consumo. Los bonos además de permitirles realizar sus compras en familia como antes del desplazamiento, les ofrece la oportunidad de participar en la economía local e integrarse de manera digna y menos traumática en el nuevo contexto.

De otra parte, y con el fin de contribuir al mejoramiento de la seguridad alimentaria de las familias desplazadas, desde el 2003 el CICR brinda apoyo para la generación de cultivos orgánicos del ciclo corto y cría de especias menores. Entre 2003 y 2006, más de 530 familias desplazadas se beneficiaron de estos proyectos.

Movimiento Internacional de la Cruz Roja

Desde el año 2003, y gracias al programa de cooperación suscrito entre el CICR y la Cruz Roja Colombiana (CRC), se aumentó la cobertura de asistencia a las personas que se desplazan de manera individual hacia



grandes o medianas ciudades. En la actualidad se han suscrito acuerdos con las Seccionales de la Cruz Roja Colombiana de: Meta (Villavicencio), Santander (Bucaramanga), Sucre (Sincelejo), Risaralda (Pereira) y Cesar (Valledupar). Con estos programas de cooperación, el CICR atiende 30% de los beneficiarios de la asistencia individual.

Monitoreando, evaluando y ajustando

Con el fin de brindar una respuesta humanitaria de alta calidad, el CICR realiza seguimiento constante a su programa de asistencia para hacer los ajustes necesarios teniendo en cuenta la dinámica de las necesidades humanitarias. Este seguimiento se adelanta a través de una serie de procedimientos como monitoreos y evaluaciones de impacto. Esto nos ha permitido evidenciar la necesidad de mejorar la atención a los niños, que representan la mayor proporción de población atendida, incluyendo dentro de los productos que componen la asistencia alimentos especiales para ellos o elementos escolares.

De manera permanente, el CICR, en Colombia, ha venido adelantando estudios y aportando reflexiones temáticas para mejorar la calidad de la asistencia humanitaria de emergencia.

¿ Qué significa la coordinación para el CICR?

En Colombia, la demanda de asistencia humanitaria es grande. Por lo anterior, es importante la coordinación de manera permanente con otras organizaciones respecto a la atención de las víctimas del conflicto armado. Sin perder su independencia y su neutralidad, el CICR ve la importancia de complementar los recursos disponibles para ofrecer una atención humanitaria más amplia y efectiva. Por esta razón, entre otros, ha aportado en los últimos años recursos para el fortalecimiento institucional de las Unidades de Atención y Orientación (UAO).

El reto de asistir a la población desplazada, le ha permitido al CICR ganar experiencia en el tema y consolidar un equipo profesional comprometido con la labor humanitaria en favor de las víctimas del conflicto armado colombiano.

Para mí, personalmente, ha sido muy gratificante regresar a Colombia después de mi primera misión hace ocho años y poder aportar mi dedicación y experiencia a la coordinación de la asistencia humanitaria del CICR.


Christina Oberli





PRESENTACIÓN DE LAS HISTORIAS

En cumplimiento de su misión exclusivamente humanitaria de proteger la vida y la dignidad de las víctimas de la guerra y de la violencia interna, así como de prestarles asistencia, la Delegación del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) en Colombia, inició en 1997 su Programa de Asistencia orientado a entregar asistencia de emergencia a las víctimas del desplazamiento.

Han pasado 10 años y el CICR quiere aprovechar esta fecha para insistir en el drama que enfrentan millones de colombianos que se han visto obligados a desplazarse en busca de un lugar más seguro.

Para la edición de este libro, hemos recogido el testimonio de personas que, junto a sus familias, se han desplazado a lo largo de los últimos 10 años. Sus historias conmovedoras buscan generar la reflexión entre quienes, de manera directa o indirecta generan el desplazamiento y entre quienes tienen la obligación de establecer políticas de atención a esta población afectada por el conflicto armado.

Hemos incluido la percepción que nuestros colegas tienen sobre el problema del desplazamiento. Problema que nos debe preocupar a todos y motivarnos para, desde diferentes orillas, aportar en la búsqueda de caminos tendientes a terminar con éste drama.



1997 1997 1997 1997 1997

“Dizque una vida asegurada y mire como quedamos de viejos”

Tras años de duro trabajo, Luis Alfonso Díaz logró consolidar, en la vereda Andalucía en la cuenca del Curvaradó (Chocó), cierto bienestar para su familia. Las cosas no podían ir mejor. Entre sus muchas actividades, Luis Alfonso cuidaba ganado en una tierra que tenía con cuatro potreros y un corral apto para ese trabajo. Además, tenía vacas, una tienda de abarrotes, plantas eléctricas, motores y un taller en donde fabricaba muebles.

Pero en 1997 todo cambió para siempre. “Un día llegaron un grupo de personas uniformadas y me pidieron un novillo, me dijeron que tenían hambre. Yo les dije que los novillos no eran míos que sólo pastaban en mis potreros. Muy bravos me dijeron que ellos no pedían limosna que simplemente daban órdenes y que las hacían cumplir”. Ante esta situación y para evitar problemas con los propietarios del ganado Luis Alfonso, entregó una de sus vacas.

Pocos días después lo acusaron de apoyar a ese grupo armado y de cuidarles el ganado. Por más explicaciones que dio nunca logró convencerlos de que era un campesino que trabajaba para sacar adelante a su familia. “La situación en la zona comenzó a complicarse. Todo el tiempo había enfrentamientos armados y la gente angustiada corría buscando un lugar para protegerse”, recuerda Luis Alfonso.

Aunque la situación en la región era difícil, Luis Alfonso se negaba a abandonar sus tierras y a perderlo todo. Sin embargo, el horror para este campesino comenzó con el asesinato de tres de sus hijos de 22, 26 y 36 años. Un tiempo después le quemaron la casa hecha en madera de “parasiempre” y el negocio de abarrotes, le quitaron los motores de los botes, los generadores de energía y catorce caballos.

El 27 de diciembre de 1997 a las 6:30 de la mañana, en medio de un intenso enfrentamiento armado, Luis Alfonso se dio por vencido y se desplazó con miles de personas hacia Pavarandó (Antioquia). “Por suerte mi esposa estaba ese día en Mutatá (Antioquia) en una cita médica”, recuerda.





Luego de muchas horas de camino, Luis Alfonso llegó a Pavarandó en donde había más de 3.000 personas desplazadas. “Allí llegó la Cruz Roja Internacional y nos dio a todos mercados, colchonetas, toldillos y lo necesario para semejante emergencia”.

Lourdes María Hernández, esposa de Luis Alfonso, lo buscó en Pavarandó y juntos comenzaron un duro camino de desplazamientos. De Pavarandó fueron a Domingodó (Chocó) en donde vivieron quince meses. Obviamente las condiciones no eran las mejores para las más de dos mil personas. En 2000, los reubicaron en Buenavista (Chocó) en donde muchas familias decidieron construir sus casitas ante la posibilidad de quedarse. Desgraciadamente no fue así. Un año después de su llegada, en 2001, les quemaron las casas y les dieron la orden de salir.

Villa Flor del Remacho, una pequeña y humilde vereda ubicada a orillas del río Jiguamiandó (Chocó) acogió a miles de personas que huían de la violencia. Allí les dieron una casita pero a los 6 meses de nuevo les quemaron todo. A comienzos de 2002 salieron para la vereda Santa Fe de Churima (Chocó) donde construyeron de nuevo un caserío al lado de una escuela abandonada. “Trabajé mucho con toda la comunidad desplazada pero de tantos problemas se me afectó el corazón”, recuerda Luis Alfonso.

Debido a su enfermedad Luis Alfonso se trasladó a Murindó (Antioquia) en busca de asistencia médica. Su esposa se quedó en Santa Fe de Churima. Pero el miércoles santo de 2003, de nuevo comenzaron los enfrentamientos armados y la comunidad se desplazó nuevamente.

Luis Alfonso y Lourdes María decidieron separarse del grupo de desplazados y quedarse en Apartadó en casa de su hijo sobreviviente. “Aquí llevamos cuatro años, quisiéramos ayudar en algo con los gastos pero no podemos, no tenemos plata. Además, ahora tenemos una situación muy incómoda. Mi hijo se separó y esta casa es de la señora. Él se fue y nosotros estamos aquí incomodando a alguien que ya no es de la familia”.

“Vivir así es muy difícil. Después de tenerlo todo, ahora vivimos en la miseria. Ojalá nos podamos ir de aquí, pero es difícil”, concluye.



Yolanda Betancourt
Asistente de asistencia
Oficina del CICR en Florencia (Caquetá)

Yolanda comenzó a trabajar en el CICR para el programa: Unidades Móviles de Salud (UMS) que viajaba por el río Caguán. Su trabajo era la organización y entrega de los medicamentos. Luego inició actividades en asistencia. Hace 6 años trabaja en este programa y asegura que “es una gran satisfacción sacar una leve sonrisa de los rostros angustiados de las víctimas”.

Su trabajo es asegurar que las familias que se ven obligadas a desplazarse, tanto en casos masivos como individuales, reciban la asistencia de emergencia que ofrece el CICR.

Para Yolanda, lo más importante de su trabajo es la proximidad con las víctimas. “Esto permite conocer de cerca las necesidades de las víctimas y poder responder de manera más adecuada. Es una terapia en doble vía: uno trata de escucharlos y de ayudarlos y ellos con sus experiencias nos enseñan mucho”.

1998 1998 1998 1998 1998

“En cuatro meses perdimos lo que construimos en más de 8 años”

Aurora Ávila es una líder en esencia. Los problemas que le ha planteado la vida han confirmado su vocación de trabajar en favor de la comunidad. Su vida transcurría normalmente en Sabana de Torres (Santander) en donde conoció a Giovanni Castillo con quien decidió organizar su vida. “Vivíamos muy tranquilos en una gran casa, con mis papas y mis hijos”, recuerda Aurora.

Durante ocho años ella fue maestra en la escuela del pueblo. Su gran ilusión era conseguir un nombramiento fijo con el Magisterio. Su esposo se dedicaba a la pesca. “Aunque había algunos problemas – afirma Aurora - la zona era muy tranquila y se podía vivir sin preocupación”.

En 1998, la presencia de hombres uniformados comenzó a ser más evidente. Algunas personas de la zona aparecían muertas. Además, comenzaron a involucrar a la población civil en sus actividades. Muy triste recuerda Aurora: “Mi esposo tenía dos motores que usaba para la pesca pero lo empezaron a obligar a transportar gente armada de uno y otro grupo. Eso originó nuestro problema”.

“En octubre de 1998, gente armada entró al pueblo, sacaron a todos los maestros y los amenazaron, acusándolos de ser auxiliadores de un grupo armado. Además, traían una lista en la que aparecía el nombre de mi esposo. Lo encontraron en la casa de mi suegra. Se lo iban a llevar pero la mamá se opuso y él logró escapar. Me dijeron que como yo era la esposa debía buscarlo y decirle que si no regresaba mataban a los papás. Yo salí corriendo a buscarlo – relata Aurora - y cuando regresé con él ya se habían ido. Comenzaron entonces las amenazas y la situación se puso muy difícil, me daba mucho miedo por los niños.”

Ante la presión Aurora, su esposo y sus hijos debieron salir. Aunque lograron vender algunas cosas, en realidad perdieron todo. Ella perdió su trabajo con el Magisterio y él su fuente de ingreso: la pesca. “En cuatro meses perdimos lo que construimos en más de ocho años”, dice Aurora con nostalgia.





Sin tener donde llegar, unas bodegas de los ferrocarriles nacionales en Bucaramanga fue el nuevo hogar de la familia. En poco tiempo, llegaron a vivir más de 150 personas en un hacinamiento absoluto. “Era terrible - comenta Aurora -, no había baños y tocaba rebuscar el agua. Para la comida organizamos una olla comunitaria e íbamos a la plaza de mercados a pedir comida. Nos daban las sobras y el mercado dañado, era muy humillante”.

“Cuando llegamos a las bodegas en Bucaramanga, la Cruz Roja Internacional nos visitó enseguida, evaluó nuestras condiciones y nos entregó asistencia durante tres meses. Esa comidita era bendita, - recuerda Aurora -, especialmente por lo niños. Era una ayuda muy útil en ese momento”.

Estuvieron un tiempo en las bodegas pero un hermano de Aurora, que vive en La Pintada (Antioquia), al saber de la situación de sus familiares les dijo que se fueran para allá a ver si podía ayudarlos. “A los pocos días de haber llegado a casa de mi hermano nos dijeron que en Bucaramanga estaban censando a los desplazados para darles subsidio de vivienda y entonces decidimos regresar”.

Han pasado 7 años desde que Aurora regresó a Bucaramanga con su familia. Con mucho esfuerzo logró conseguir una casita. Trabaja como coordinadora de los talleres productivos de una fundación que adelanta diversas actividades en favor de la población desplazada.

“Aunque estoy mejor que cuando me desplazé - dice - vivo con rabia y muy deprimida. Salir de mi región obligada causó un daño en mi estabilidad y en la de mi familia. Desde que salimos de Sabana de Torres mi esposo no ha logrado conseguir un empleo, eso lo ha sumido en una depresión total que genera problemas familiares difíciles de manejar”.

“Decir que uno es desplazado es estigmatizarse, es humillante. Yo no quiero llamarme desplazada. Aunque nunca se me olvidará que fui desplazada, quiero olvidar esa película”.



Giorgio Negro
Jefe de oficina del CICR
Saravena (Arauca)

Giorgio, de nacionalidad suiza, llegó al CICR hace 12 años. Su primera misión como delegado fue en Chechenia (Rusia). Luego, trabajó en otros contextos con problemáticas humanitarias bastante agudas, Chad e Irak, entre otros. En 1998 y por un año, realizó su primera misión en Colombia, Apartadó (Antioquia) fue su destino. Hace un año regresó a Colombia, esta vez como jefe de la Oficina del CICR en Saravena (Arauca).

“El desplazamiento en cada contexto tiene patrones diferentes - asegura Giorgio -. En Colombia llama la atención la duración del conflicto y aunque se pueden percibir algunos cambios, en esencia, la problemática sigue igual. Yo regresé luego de 8 años y me impacta que el sufrimiento de la gente sigue igual, eso da mucha tristeza”.

Giorgio considera que, gracias a la experiencia y al seguimiento que el CICR hace de las consecuencias humanitarias que genera el conflicto armado, puede responder de manera eficiente a las necesidades más sentidas de la población desplazada. “No pretendemos reemplazar al Estado, tratamos que la respuesta de emergencia que damos por tres o seis meses a la población desplazada sea adecuada a sus necesidades”, dice.

1999 1999 1999 1999 1999

“Toca vivir con lo que mi Dios le ayude a uno...”

Aunque el único objetivo de Carlos Fernando era trabajar duro para garantizar el futuro de su esposa y sus hijos, las cosas no resultaron como las planeó. Todos los esfuerzos invertidos para hacer productiva la tierra que tenía en El Tesoro (Antioquia), y para construir un hotel de cabañitas se perdieron. El 12 de octubre de 1999, se vio obligado a desplazarse en compañía de su esposa, embarazada, y de su hija de 3 años. Este desplazamiento marcó el comienzo de una serie de desgracias que parecía no tener final.

En el afán por salvar sus vidas llegaron hasta Cocorná, un municipio antioqueño que por años ha sido receptor de población desplazada. Allí, en una pequeña y humilde casa permanecieron 3 meses, “por suerte el CICR nos entregó mercados y algunos artículos para subsistir”, recuerda Carlos Fernando.

Cuando creyeron que las cosas estaban calmadas en El Tesoro decidieron regresar. Dos años más tarde, el 15 de noviembre de 2001, las amenazas los obligaron a desplazarse de nuevo. En esta ocasión llegaron hasta Honda (Tolima). Allí, con el dinero que obtuvieron por la venta de algunos de sus enseres llegaron a un hotel pero a los pocos días el dinero se acabó y les tocó dormir en una marranera hasta que consiguieron algunos pesos para pagar una pieza.

“En Honda duramos dos años, recuerda Carlos Fernando. Fuimos la primera familia desplazada que llegó a ese lugar”. Decidido a sacar adelante a su familia Carlos Fernando, trabajó haciendo muebles. Al poco tiempo y gracias a un trabajo más formal consiguió prestado un dinero para comprar madera y poder construir una casita para su familia. Pero las cosas se complicaron pues los meses pasaban y Carlos Fernando no recibía los pagos por su nuevo trabajo. Esto lo obligó a incumplir con los pagos del crédito. “Por la deuda, unos señores armados que hacían presencia en la zona me comenzaron a amenazar. De nuevo me tocó desplazarme con mi familia”.





En su nuevo desplazamiento, en 2003, Carlos Fernando y su familia llegaron a Bogotá. “Allí duramos un año. No aguantábamos el frío y la verdad pasábamos hambre”. Desesperado aceptó la propuesta de un familiar de regresar a Cocorná para comenzar de nuevo. “Allí trabajé fabricando y reparando muebles. Me estaba organizando pero durante la Fiesta de La Virgen del Carmen ocurrió la segunda toma a Cocorná. La situación era horrible, enfrentamientos armados a toda hora y la familia de uno en mitad del fuego cruzado”.

A finales de 2003, salieron para Medellín. Llegaron a la casa de un familiar en donde les sugirieron acudir a la oficina que el Comité Internacional de la Cruz Roja tiene en esa ciudad. “Luego de una visita y de conocer nuestra situación, los de la Cruz Roja nos entregaron asistencia por tres meses. Tuvimos la suerte de conseguir una casita que es donde vivo actualmente con mi esposa y mis tres hijos. También conseguí cupos en la escuela para los niños”.

“Aunque ya tenemos este rancho, la convivencia es muy difícil y se generan problemas con los vecinos. Uno es como un invasor. Hace dos meses estoy sin trabajo y no veo posibilidades, toca vivir con lo que mi Dios le ayude a uno”.



José Roberto Barrientos
Oficial de campo
Subdelegación de Medellín (Antioquia)

La experiencia recogida por José Roberto a lo largo de 22 años como socorrista de la Cruz Roja Colombiana fue un importante factor para ingresar en 2001 como conductor del CICR. Durante este tiempo ha recorrido miles de kilómetros llevando diferentes equipos para llegar hasta las víctimas del conflicto armado.

Su trabajo ha sido un apoyo fundamental para poder llevar asistencia a las miles de personas que se han desplazado en el oriente antioqueño. “Esto me ha permitido ser testigo del drama que representa para los desplazados el desarraigo y la pérdida de sus pertenencias”, nos comenta.

Entre sus recuerdos está una entrega de asistencia en La Dorada (Caldas) para más de 4.000 personas desplazadas. “La asistencia llegó en seis camiones. Distribuimos asistencia alimentaria y bienes esenciales para el hogar hasta las tres de la mañana.”

2000 2000 2000 2000 2000

“Su hija y su nieto se salvaron pero a su esposo lo mataron”

“Esa gente llegó a la zona y en menos de un mes se metieron en el pueblo. Nos reunían cada rato y nos decían que si venían otras personas armadas no les diéramos nada. Nos amenazaban todo el tiempo. Las esposas y mamás lloraban buscando a sus esposos e hijos desaparecidos”. Con este testimonio Amalia de la Concepción Navarro, resume la situación que debió enfrentar cuando vivía en una vereda de los Montes de María (Sucre).

Amalia recuerda que junto a su esposo trabajaba muy duro para poder vivir dignamente. Tenía una tienda de abarrotes y un carro para poder hacer las compras del negocio. Su esposo, Emiro Cohen Torres, tenía una finca en donde sembraba maní, ñame, ajonjolí y principalmente tabaco que comercializaba en toda la región.

Un día, mientras Amalia se encontraba en El Carmen (Sucre) comprando maíz para su negocio, le dijeron que había serios rumores de que gente armada se iba a tomar el pueblo en donde vivía. Angustiada llamó a su familia, les pidió que salieran. Aunque su esposo no quería dejar la casa, la hija lo convenció y, con otras 36 familias, se desplazaron.

Al día siguiente, el 18 de febrero de 2000, viendo que no había pasado nada su esposo y su hija decidieron regresar al pueblo. “Ese mismo día, en la tarde, hombres armados llegaron al pueblo, sacaron de la casa a más de 300 habitantes y los reunieron en la plaza principal - cuenta Amalia -. Entre toda esa gente estaba mi esposo, mi hija con su hijo de un año y el esposo de mi hija. Según lo que me contó ella, comenzaron a matar mucha gente, delante de los niños. De pronto alguien dio la orden de llevar a las mujeres y a los niños a una casa”.





Mientras esto sucedía en su vereda, Amalia estaba tratando de salir de El Carmen. “Las vías estaban bloqueadas – recuerda ella -. Como pude logré salir en mi carro pero en la carretera me bajaron y lo quemaron con la carga de maíz que llevaba. Mientras buscaba otro medio de transporte recibí una llamada de alguien que me informaba que: mi hija y mi nieto se habían salvado pero que a mi esposo lo habían matado”.

Luego de dos días de angustiada espera, Amalia logró conseguir un carro y llegar a su pueblo. “A mi esposo ya lo habían enterrado. En la casa todo estaba despedazado, la nevera llena de tiros, el televisor roto. En la tienda acabaron con todo. Me dejaron en la calle, mataron a mi marido y mi hija quedo muy traumatizada por lo que le pasó al papá. Duró mucho tiempo totalmente muda, no hablaba con nadie”.

“Decidimos desplazarnos hacia El Carmen. Allí conseguimos una casa para toda la familia. Por suerte me dieron una plata que le debían a mi esposo por los negocios de tabaco y con eso logramos sobrevivir un tiempo”.

“Luego salimos para Sincelejo (Sucre). Cuando llegué fui a la Cruz Roja Internacional y allí me ayudaron con mercados para mi familia y con algunas cositas que nos fueron muy útiles mientras nos ubicábamos”.

Luego de pasar muchas dificultades, Amalia decidió quedarse en Sincelejo. Recibió un subsidio del Gobierno con el que pudo adquirir una vivienda. “Ahora, las cosas son muy difíciles para mí. Para sobrevivir me rebusco, vendo suero y ahora estoy cosiendo ropa con unas maquinas de coser que me regalaron. No queda otro camino”.

Luis Miguel González
Asistente proyecto de cooperación
Cruz Roja Colombiana
Seccional Sucre

Luis Miguel trabaja hace seis años como voluntario de Cruz Roja Colombiana (CRC), Seccional Sucre. De estos, dos años los ha dedicado a trabajar como Asistente del proyecto suscrito entre el Comité Internacional de la Cruz Roja y la Cruz Roja Colombiana para entregar asistencia a familias que se desplazan de manera individual y que llegan a Sincelejo.

En el marco de este trabajo Luis Miguel y otro grupo de voluntarios, hablan con las personas desplazadas que llegan hasta la Seccional de la CRC en Sincelejo solicitando asistencia. Posteriormente realizan visitas domiciliarias para cotejar la información. Luego entregan la ayuda.

“Este contacto permanente con las víctimas me ha permitido comprender las necesidades reales de estas personas y me ha dejado claro que por su estado tan vulnerable, requieren de un trato muy humano”, asegura Luis Miguel.

A juicio de Luis Miguel, el programa de cooperación entre el CICR y la CRC para asistir a víctimas del desplazamiento individual ha funcionado muy bien.



2001 2001 2001 2001 2001

“Qué gran ayuda es que nos den algo, cuando no tenemos absolutamente nada”.

José Alfredo Hernández y Rosa María Calderón se conocieron en Florencia (Caquetá). Luego de muchos ires y venires decidieron instalarse en Mandur, una vereda en El Diamante (Caquetá). “Allí vivimos cinco años -comenta Rosa María - dedicados a la agricultura. Era una vida como tranquila hasta que comenzaron las marchas campesinas en la región. Eso era la locura, algunos hombres armados que hacían presencia en la zona amenazaban a la gente porque marchaba y otros porque no marchaba. La situación era cada día más difícil”.

“Una noche - recuerda Rosa María - nos dijeron que debíamos salir de inmediato porque no respondían por nuestras vidas. Con la ropita que teníamos puesta, 600 personas salimos en 14 canoas. La mayoría niños, mujeres, algunas en embarazo, y ancianos. Llegamos hasta Curillo (Caquetá) y nos metimos a un colegio. Allí estuvimos como quince días. La gente del pueblo nos daba comida”.

Pocos días después Rosa María y su esposo José Alfredo, regresaron a Mandur. “Cada día la presión aumentaba, llegaban más acusaciones y más amenazas - comenta Rosa - una noche decidimos salir para Florencia (Caquetá). Llegamos a casa de una hermana y comenzamos a vender pollos. Con el dinero que logramos ahorrar compramos una tierrita en la vereda Tarquí (Caquetá) y construimos una casita. Como las cosas iban bien, adoptamos dos niños de la zona para darles educación”.

Rosa recuerda que estaban dedicados a la venta de pollos y que el negocio iba bien hasta que un día, junto con otros vendedores informales, recibieron la orden de no seguir vendiendo. “Un señor que conocíamos, que vendía fruta, nos dijo que esa orden era pura mentira. A los tres días lo mataron y a nosotros nos dieron dos horas para salir. Y dos horas para desocupar son dos horas, no da tiempo para sacar ni una gallina”.





“Nos tocó perder todo. El 21 de febrero de 2001 salimos para Florencia, nuevamente a casa de mi hermana. Tan pronto llegamos fuimos a la Alcaldía para declararnos como desplazados. Allí nos dijeron que podíamos ir a la Cruz Roja Internacional que daban asistencia. Nos dieron mercados y cosas para dormir. Qué gran ayuda es que nos den algo cuando no tenemos absolutamente nada”.

Como en la mayoría de estos casos, Rosa María y su esposo se vieron obligados a comenzar de nuevo. “Mi esposo hacía marionetas y títeres y los vendía en el parque de Florencia y yo lavaba ropa en casa de familia. Reunimos una platica y con el subsidio que el Gobierno nos dio compramos este lotecito con un racho en mal estado que nosotros hemos tratado de levantar”.

“Esto ha sido muy difícil, con dos hijos y sin trabajo. Por aquí hay que pagar por todo, hasta por una libra de arroz. Mi esposo es jornalero en fincas del Paují y El Doncello y viene cada ocho días a traer algo de platica”.

Liliana Alonso
Asistente de logística
Oficina principal del CICR en Colombia



Cuando Liliana llegó al CICR no conocía nada de la institución. Trabajaba en el sector financiero, un mundo, un poco distante de las preocupaciones humanitarias. Pero su experiencia en el CICR le ha permitido aproximarse a las consecuencias humanitarias que el conflicto armado genera entre la población civil.

“Mi trabajo es garantizar que la asistencia que entrega el CICR llegue a la población desplazada ajustada a los estándares de calidad establecidos por la Institución. De igual manera brindamos apoyo operativo para asegurar que la ayuda llegue a su debido tiempo. Contratamos botes, camiones, helicópteros o lo que sea necesario para garantizar que la ayuda llegue”, comenta Liliana.

Hoy, luego de 8 años de trabajar para el CICR, Liliana tiene claro que el desplazamiento es una de las consecuencias graves que por años ha dejado el conflicto armado que afecta a millones de colombianos.

1997 1998 1999 2000 2001



En 1997, la delegación del CICR en Colombia comenzó su programa de asistencia a la población desplazada.



Una vez el CICR conoce un desplazamiento, procede a realizar una evaluación en la zona para determinar las necesidades básicas de las víctimas.



La Cruz Roja Colombiana apoya, en diferentes zonas del país, la entrega de asistencia a la población que se desplaza en casos masivos e individuales.

2002 2003 2004 2005 2006



Miles de toneladas de asistencia alimentaria y artículos básicos para el hogar ha entregado el CICR a más de un millón de personas desplazadas en Colombia.



Las víctimas del desplazamiento requieren una respuesta adecuada y oportuna para atender sus necesidades básicas.



El CICR mantiene contacto cálido y humano con las víctimas del conflicto armado interno.

1997 1998 1999 2000 2001



Más de 50% de la población que se desplaza esta compuesta por menores de 18 años.



Las comunidades indígenas y afrodescendientes son altamente vulneradas por el desplazamiento.



Decenas de adultos mayores conforman los grupos de familias que se desplazan en busca de un lugar más seguro.



Miles de mujeres, muchas de ellas cabeza de familia, se ven obligadas a enfrentar las consecuencias que genera el desplazamiento.

2002 2003 2004 2005 2006



El CICR se entrevista en privado con las familias que se desplazan para conocer la situación y determinar la ayuda.



La entrega de bonos, además de permitir a las familias hacer las compras de acuerdo con sus necesidades, genera inclusión social.



Se debe garantizar, por todos los medios, que la ayuda llegue de manera oportuna a las víctimas.



En los últimos 10 años el CICR ha seguido de manera muy cercana el fenómeno del desplazamiento en Colombia. Esto le permite adecuar su programa de asistencia a las necesidades reales de las víctimas.

2002 2002 2002 2002 2002

“Cuando pienso en lo que he vivido me pregunto: ¿a qué horas pasó toda esta tormenta?”

“Vivir en Becerril (Cesar) no era fácil. Había tanta violencia y pasaban tantas cosas que la llegada de la noche daba mucho miedo, no sabíamos a quién se iban a llevar. Pero, el amanecer era peor, algunos aparecían muertos y otros, no aparecían. También se llevaban el ganado y quemaban las casas de la gente que había trabajado años para conseguir un ranchito o una vaquita”. Con este recuerdo, Rosa María Hernández nos aproxima a lo que tuvo que vivir durante algunos años.

Cansada con tantos problemas y tras el asesinato de un familiar por un grupo de uniformados, Rosa María sintió que era hora de irse. Su nuevo destino, Cúcuta. Allí consiguió trabajo en una casa de familia y al poco tiempo llevó a sus dos hijos a vivir con ella. Su esposo decidió quedarse.

Una pequeña habitación fue el refugio de Rosa y sus hijos. “Vivíamos muy mal y la platica no nos alcanzaba ni para la comida. La situación era muy difícil y se complicó cuando mi hijo de 17 años, resultó herido en un enfrentamiento entre grupos armados. Un tiro le afectó la médula espinal y lo dejó inválido y casi ciego. Por suerte lo atendieron en el Hospital Cúcuta. Duró dos meses hospitalizado. Ha vivido un largo proceso de rehabilitación”.

“Desesperada con la situación fui a la oficina que la Cruz Roja Internacional tiene en Cúcuta y de inmediato me ayudaron. Me dieron asistencia por tres meses. Fue una gran ayuda para enfrentar un momento tan difícil”.

“Cuando mi hijo salió del Hospital en Cúcuta, la Cruz Roja Internacional lo ayudó para que iniciara en Bogotá, en el centro San Felipe Nerí, un proceso de rehabilitación. Estuvo allí por dos años y logró una gran recuperación”.





“En 2002, la Cruz Roja Internacional, me aprobó un microproyecto para vender productos y poder tener un ingreso fijo con que mantener a mi familia. Con esa base, busqué qué era lo más rentable y con mis hijos decidimos tener tres actividades, yo vendo tintos y agua aromática, mi hija vende minutos de celular y mi hijo, que logró recuperarse bastante, vende cerámicas”.

“Llevo 5 años en esta actividad y he logrado organizarme. Mis hijos estudian y estamos trabajando juntos para salir adelante”.

“Cuando pienso en lo que me ha tocado vivir me pregunto: ¿a qué horas pasó toda esta tormenta?”

“Ahora vivimos en un apartamento pequeño, la renta no es muy cara y como es un primer piso le permite a mi hijo entrar y salir sin problemas, pues él depende de un caminador”.

“No quiero volver nunca a Becerril, me da miedo que les pase algo a mis hijos. El desplazamiento me hizo perder todo y me obligó a comenzar de nuevo, a comenzar de cero en todo sentido. No quiero repetir esta historia”.

Juan Carlos Solano **Asistente de asistencia** **Subdelegación de Cali (Valle del Cauca)**

Durante 15 años, Juan Carlos se desempeñó como voluntario y funcionario de la Cruz Roja Colombiana. Su ingreso a esa organización, motivado por ayudar a los damnificados del terremoto que sacudió a Popayán el 31 de marzo de 1983, le permitió descubrir su disposición para trabajar en favor de personas vulnerables.

Ingresó hace 7 años a la subdelegación del CICR en Cali como parte del equipo del programa de asistencia. Actualmente se encarga del monitoreo en el departamento de Nariño donde en los últimos meses se ha incrementado el desplazamiento. “Cuando se registra un desplazamiento masivo llegamos a la zona receptora para realizar una evaluación de las necesidades más urgentes de las víctimas. Luego, y en coordinación con el equipo de asistencia de Bogotá y Cali entregamos la asistencia.”

En casos de desplazamiento individual, Juan Carlos recibe a las familias que llegan a la subdelegación del Cali solicitando ayuda.

“Hay gente que me cuenta cosas que van mucho más allá del desplazamiento, me piden consejos. Encuentran con quien hablar y yo los escucho. El buen trato es fundamental hacia estas personas. Tratarlos con calidez y respeto es muy importante”, comenta Juan Carlos.



2003 2003 2003 2003 2003

“... nunca vamos a regresar por allá, eso sí que no”

Ana Soila y José Genaro nunca imaginaron que luego de 34 años de casados, tendrían que reiniciar su vida. Asustados por lo que sucedía en el lugar en el que vivían decidieron desplazarse y perderlo todo.

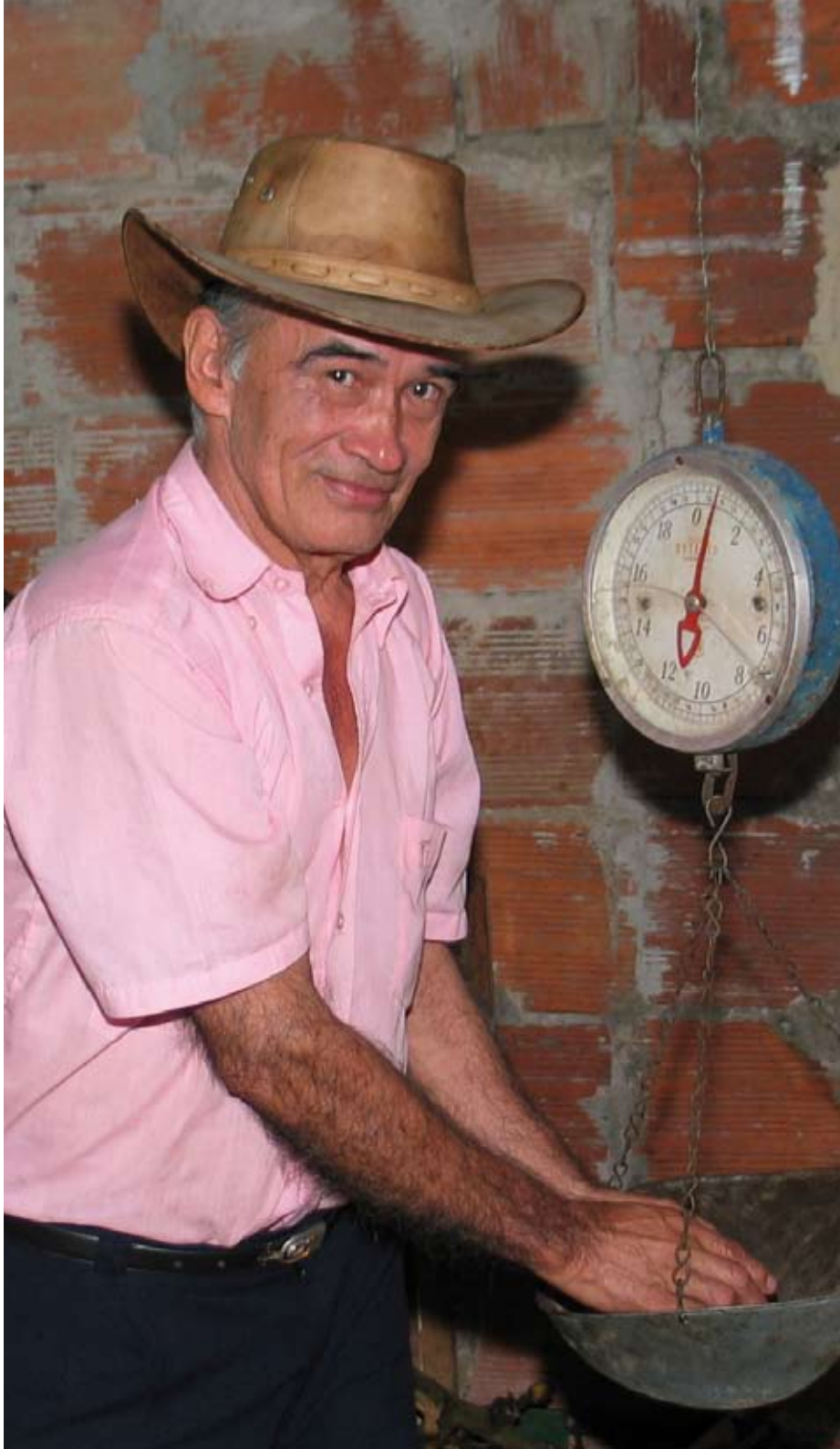
“Teníamos una finca de 50 hectáreas. Allí sembrábamos plátano, café, lulo y palma. Estas maticas nos daban los ingresos para mantener a nuestros 7 hijos”, dice Ana Soila.

“Las cosas estaban tranquilas y vivíamos en paz hasta que a mi hija de 17 años y a mi hijo de 18, que trabajaban con nosotros en la finca, les comenzaron a proponer hacer parte de un grupo armado. Ellos dijeron que no, que preferían trabajar en el campo, entonces comenzaron las presiones. Para evitar que les pasara algo tuvimos que decidir: o nos íbamos y dejábamos todo tirado o nos quedábamos y perdíamos los muchachos”.

“No fue fácil tomar la decisión, eran nuestros hijos o el trabajo de toda la vida. Fueron días de angustia. Pero unos vecinos, testigos del acoso, nos dijeron, saquen a esos muchachos, ustedes los tienen muy bien criados y aquí los van a perder”.

“Un día subimos en dos bestias a la montaña para recoger la palma y llevarla al mercado pero la encontramos toda picada. Recogimos lo que pudimos, era claro el mensaje. Cuando bajábamos unos hombres armados nos obligaron a bajar la carga de palma y transportarles unos mercados. No había duda, las cosas se estaban complicando, por eso el 20 de noviembre de 2003, decidimos salir”. Ana Soila y José Genaro llegaron, con sus hijos, a Villa Juliana una invasión en Villavicencio a donde han llegado decenas de familias desplazadas. “Allí un señor nos dejó, como por tres meses, un cuartito para dormir”, recuerda Ana Soila.





“Cuando llegamos, vivíamos casi de la limosna. Una vecina que había sido beneficiada nos dijo que fuéramos a la Cruz Roja Internacional que allí nos podían ayudar mientras lográbamos conseguir algo. Yo fui a la oficina que tienen en Villavicencio y allí nos entregaron mercados para toda la familia y cositas para la casa”.

Para sobrevivir, Ana comenzó a trabajar en un restaurante. Su esposo con una afección cardíaca no podía trabajar. “Gracias a un subsidio que nos dio el Gobierno - dice Ana - pudimos comprar este ranchito al que le hemos hecho algunas mejoritas. Además, con una plata que me prestaron pusimos una tiendita en la casa y de eso vivimos. A veces nos toca consumir artículos de la tienda porque no hay dinero para comer”.

Ana también lava ropa en casas de familia y con ese ingreso paga los servicios de luz y agua. “Para mi, tan vieja, es muy duro pero esa platica ayuda mucho”.

“Cuando nos desplazamos fue muy duro. Estábamos acostumbrados a vivir muy bien, teníamos la carne, leche, gallina, verduras, todo. Ahora debemos pagar por todo”.

“Hace como seis meses regresamos a San Joaquín. Encontramos todo destruido y quemado incluso los papeles de la propiedad. Ahora no sabemos que hacer para demostrar que la tierrita era nuestra. Pero igual nunca vamos a regresar por allá, eso sí que no”.



Aleifa María Medina **Voluntaria de Cruz Roja Colombiana** **Seccional Cauca**

Hace seis años Aleifa ingresó como voluntaria a la Cruz Roja Colombiana (CRC), Seccional Cauca. Actualmente trabaja en el banco de sangre y apoya las jornadas de vacunación que adelanta la CRC. En algunas ocasiones ha apoyado el programa de asistencia a población desplazada del CICR gracias al acuerdo suscrito entre las dos organizaciones.

“La actividad que adelanta el CICR en favor de las víctimas del desplazamiento me parece que tiene aspectos muy importantes, por ejemplo, la proximidad con la víctima y el trato humano. También me parece fundamental el tema relacionado con la inmediatez de la entrega. Es algo muy importante. Cuando una familia se desplaza requiere asistencia de emergencia para poder obtener, por lo menos la comida. Pero si los trámites y las largas filas no permiten una entrega rápida, estas familias se ven obligadas a acudir a la mendicidad, a ir al mercado a pedir las sobras de la comida y eso es deplorable.”

“Cuando a estas familias no se les trata con dignidad y de manera oportuna, se les pone un rotulo de desplazados que los estigmatiza. Eso es precisamente lo que evita el CICR con sus asistencia”.

2004 2004 2004 2004 2004

“Tendré que hacer de papá y de mamá para salir adelante”

La historia de Flor Alba Torres, refleja el drama que miles de indígenas colombianos enfrentan cuando se ven obligados a desplazarse. La pérdida de la tierra es, quizá, el tema más preocupante para estas comunidades.

Con su esposo y sus tres hijos, Flor Alba vivía en la vereda Nuevo Porvenir, cerca a Teteyé, a una hora de Puerto Asís (Putumayo). La finca además de asegurarles una vivienda digna les procuraba el sustento diario gracias a la siembra y venta de plátano y yuca y al levante de gallinas y marranos.

“Allí vivimos como ocho años muy tranquilos y siempre íbamos a las reuniones del cabildo. Aunque había personas armadas no se metían con nosotros. Pero de pronto comenzaron a pedirnos comida, obviamente no podíamos negarnos - recuerda Flor Alba -. Esto nos generó muchos problemas y comenzaron a acusarnos de cómplices”.

“Cada día la situación era más difícil. Mi esposo comenzó a tener problemas para salir a comprar las cosas necesarias para los niños y para la casa. Había retenes y controlaban las cantidades de comida que se compraba”.

“Luego comenzaron a presentarse enfrentamientos armados muy fuertes. Era horrible – dice Flor Alba - esa angustia de imaginar que a los niños les pasara algo, ya no podían salir a jugar, todos estábamos muy nerviosos y decidimos salir hacia otra vereda. Al poco tiempo se calmaron las cosas y regresamos pero todo estaba destruido, daban ganas de llorar. Perder todo de esta manera. Sin embargo nos quedamos, finalmente era nuestra finca. Al poco tiempo de llegar, unos señores comenzaron a buscar a mi marido todos los días. Como no lo encontraban en la casa le dejaban mensajes y amenazas. Los vecinos nos decían que saliéramos que lo iban a matar. En junio de 2004 no soportamos más la angustia y salimos. No logramos sacar nada de lo poco que nos habían dejado”.





“Llegamos a Puerto Asís en donde una señora nos rentó una pieza. Ella nos dijo que la Cruz Roja Internacional ayudaba durante la emergencia de las personas desplazadas. Mi esposo fue a la Cruz Roja y allí nos dieron la asistencia. Fue una ayuda que llegó rapidito y con tanta necesidad fue bendita. Tuvimos unos meses con que darles de comer a los niños mientras buscábamos qué hacer”.

“Tratábamos de adaptarnos a donde llegamos pero, desgraciadamente, localizaron aquí a mi esposo, lo acusaron de pertenecer a un grupo y lo mataron. Del miedo huí por el río Putumayo hacia El Estrecho, allí me quedé un año pero era imposible subsistir no había nada que hacer. Entonces regresé a Puerto Asís, sin nadita, sin trabajo y con 3 niños. Eso fue muy duro”.

“Llegué a una zona a la que estaban llegando muchos desplazados. Me quedé en un solar que encontré vacío. Con un subsidio que me dieron como desplazada, construí una casita de madera. He trabajado lavando ropa en casas de familia, pero ahora que espero otro bebé no he podido trabajar. Los vecinos me colaboran”.

“La situación es muy difícil por aquí, debemos pagar por todo, y no es fácil ganarse un peso, pero no voy a regresar. Tendré que hacer de papá y de mamá para salir adelante, bueno si eso es posible”.



Carlos Andres Parra
Asistente de logística
Subdelegación del CICR para Centro Colombia (Bogotá, D.C.)

Carlos Andrés llegó al CICR por cosas del destino. Trabajaba en una empresa que prestaba servicios al CICR. El contacto permanente le permitió conocer la organización y su Misión. Aplicó para una convocatoria externa que adelantó Departamento de Logística y fue seleccionado.

Han pasado 3 años desde que ingresó al CICR. Su responsabilidad como Asistente de Logística de la subdelegación de Centro Colombia es garantizar que el stock de los bienes esenciales para el hogar que reciben los desplazados (colchonetas, kits de cocina, etc) tenga los mínimos requeridos. Además, apoya el proyecto iniciado en noviembre de 2005. Entrega de bonos a la población desplazada para la compra de alimentos. El programa busca que los beneficiarios de la asistencia individual tengan la libertad de elegir, durante el periodo que el CICR les brinda el apoyo, los productos que desean consumir. Para tal fin, las familias desplazadas reciben bonos que pueden canjear en diferentes establecimientos ubicados cerca de sus hogares.

“Para las familias desplazadas que llegan a ciudades como Bogotá recibir estos bonos resulta más práctico ya que pueden hacer su mercado y escoger los productos de acuerdo con sus costumbres. La compra en el supermercado genera inclusión social y reduce en las familias desplazadas ese sentimiento de mendicidad”, asegura Carlos Andrés.

2005 2005 2005 2005 2005

“... aquí nadie nos conoce ni nos ayuda, estamos solos”

Edgar Hernández Méndez vivió en El Paraíso, en Toribío (Cauca) durante nueve años. Gracias a su trabajo como ayudante de construcción logró conseguir una casa para su esposa Liliana, que esperaba su segundo bebé, y su hijo.

“Aunque en la zona había presencia de gente armada, la situación era relativamente tranquila - recuerda Edgar - pero algunas personas comenzaron a ser amenazadas a través de cartas. La situación se puso bastante tensa. Yo trataba de no hablar con nadie y evitaba que me contaran cosas para estar alejado del tema, pero en un pueblo eso es muy difícil”.

“Luego comenzaron a registrarse enfrentamientos armados en la zona. Si los ataques eran de día, corra a sacar el niño de la escuela y si eran en la noche bajábamos los colchones para protegernos – recuerda Edgar -. El 14 de abril de 2006, a las seis de la tarde, de nuevo se registraron enfrentamientos armados. Durante los ataques destruyeron todo, las casas y los negocios resultaron muy afectados.”

“Por suerte, mi esposa estaba en el hospital de Santander de Quilichao teniendo nuestro segundo hijo pues la situación era tensa. Los uniformados que hacían presencia en la zona nos decían que teníamos que salir, que desocupáramos que la situación iba a empeorar, pero obviamente uno se resiste para no perder sus cositas”.

Durante los enfrentamientos armados la hermana de Edgar, de 42 años, resultó herida. “Yo fui al pueblo para asegurarme que la evacuaran hacia el hospital de Santander de Quilichao. Al día siguiente, mientras trataba de conseguir una moto para salir de El Paraíso con mi hijo me acusaron de pertenecer a uno de los grupos armados. Yo les dije que era un campesino y que lo único que buscaba era proteger a mi familia”.





Cuando Edgar llegó a Santander de Quilichao, su esposa ya había dado a luz al bebé. “Se imagina la situación, estábamos con el niño, una niña recién nacida y no teníamos a donde ir. Un señor nos rentó un cuarto y, por nuestra difícil situación, no nos cobró el primer mes de renta.”

“Como sabía que la Cruz Roja Internacional asistía a la población desplazada, fui hasta la oficina que tienen en Cali, allí evaluaron nuestro caso y nos entregaron asistencia por tres meses.”

“A los dos meses, cuando terminaron los enfrentamientos, volví. Todo estaba tranquilo y la casa no tenía muchos daños. De todas maneras mi esposa no quiere regresar.”

“Yo no quiero volver por allá - dice Liliana - siempre ocupan la escuela y uno corra a sacar el niño para protegerlo. Es verdad que en Toribío teníamos todo, en especial la casita y todo lo necesario, pero prefiero estar aquí, muy incómodos pues dormimos los cuatro en una cama, pero seguros”.



Idelma Álvarez Chiriguaná
Asistente de asistencia
Subdelegación del CICR en Barranquilla (Atlántico)

Para Idelma llegar al CICR, hace seis años, fue encontrar un mundo nuevo. “No tenía mucho conocimiento de las diversas problemáticas humanitarias que el conflicto armado genera entre la población civil”. El contacto directo con las víctimas resultó fundamental para ella. Escuchar sus problemas, su sufrimiento fue algo muy importante para entender mejor el problema. “Cuando llegué al CICR conocí una nueva realidad”, asegura.

El desplazamiento de comunidades indígenas ha sido una problemática que Idelma ha seguido de manera muy próxima. “Hemos atendido desplazamientos de comunidades wayu, wiua, cancuamo, arahuacos. Estos desplazamientos generan problemas de desarraigo muy profundos. Por razones espirituales, la pérdida de la tierra es muy grave para ellos. Además cuando por alguna razón una de sus autoridades, como los mamos, son víctimas, la afectación entre la comunidad es grande”.

2006 2006 2006 2006 2006

“Mi hija ve la foto de la mamá y dice que la mataron. Es sólo una niña de dos años, eso no es justo”

“Vivía en La Loma (Cesar) y trabajaba en la producción de aceite extraído de la palma de corozo - cuenta Rafael Enrique Siva -. Allí conocí a mi esposa. Nos casamos y nos fuimos a vivir a Codazzi (Cesar) en busca de un mejor porvenir”.

“Cierta día, me pidieron el favor de bañar y ensillar unos caballos. Yo sabía que esos caballos eran de un grupo armado. Aunque no quería hacerlo, me tocó. No tenía otra salida. Al día siguiente, llegó gente de otro grupo, me preguntó de quién eran los caballos, yo les conté lo que había pasado y decidieron llevarse las bestias. Cuando llegaron los dueños de los caballos se pusieron furiosos, me trataron muy mal y me dijeron que tenía que irme de manera inmediata de la zona”.

Angustiado Rafael decidió desplazarse con su esposa y sus dos hijos para Barranquilla. “Allí, luego de mucho luchar montamos una tienda que producía para vivir bien y para que a los niños, que ya eran 3, no les faltará lo necesario. Estuvimos como un año tranquilos. Pero un día recibí una llamada telefónica. Me decían que era un sapo y me amenazaron. Me asusté mucho pero seguí trabajando en la tienda para poder sacar adelante a mi familia”.

El 21 de marzo de 2006, Rafael regresaba a su casa acompañado de su esposa quien llevaba la bebe de 11 meses en brazos. “Unos tipos armados se acercaron y me dispararon dos tiros. Yo salí corriendo y mi esposa salió detrás. Infortunadamente, le pegaron un tiro mortal”.

“A los ocho días salí para Bogotá con mis tres hijos. Me recuperé de las heridas en un hospital y cuando salí llegué a la casa de una hermana, estuve como cinco meses pero los niños molestaban mucho y uno sin aportar un peso, era muy complicado. Decidí enviar los dos niños mayores – de 6 y 7 años - a casa de la abuela materna en La Loma (Cesar)”.





Cuando Rafael llegó a Bogotá en el hospital en donde lo atendieron le dijeron que fuera a la Cruz Roja Internacional que ellos daban ayuda a las familias desplazadas. “Llamé y me dieron una cita enseguida. Me reuní con ellos les conté mi caso y me entregaron ayuda por seis meses. Fue muy útil porque yo estaba en proceso de recuperación de las heridas y no podía trabajar.”

“Ahora estoy con la niña, - tiene dos años - y comparto dos habitaciones con unos primos. Estoy tratando de salir adelante pero no es fácil. Mi hija recuerda todo y cuando ve la foto de la mamá dice que la mataron señores armados. Es solo una niña de dos años, eso no es justo”.

Rafael Enrique, no piensa regresar. Aunque la separación de sus hijos lo mantiene muy triste, no encuentra otra salida por ahora, él debe trabajar. “Si la mamá viviera estoy seguro que no los enviaría a ninguna parte, ella los tendría como fuera. Las mujeres manejan mejor estos asuntos”.



Elisa Montaña
Asesora del departamento de asistencia
Oficina principal del CICR en Colombia

Llegó al CICR hace 7 años luego de trabajar en el Centro Internacional de Apoyo al Sector Rural (Ceinaser). “Desde que comencé mi vida profesional siempre he trabajado con población vulnerable. El CICR nos ofrece la proximidad con las víctimas, esto es muy importante para mi desarrollo profesional y para el análisis y la toma de decisiones”.

“La población desplazada requiere respuestas adecuadas e integradas a sus necesidades y en eso trabajamos desde diferentes orillas”, asegura Elisa. Parte de su trabajo se orienta a mantener contacto con Acción Social y otras entidades del Sistema Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada. Este contacto busca desarrollar actividades que permitan mejorar la calidad de la atención a la población desplazada.

Frente a la problemática del desplazamiento considera que “hay mucha indiferencia de los colombianos por las personas marginadas y desplazadas”.

**DESPLAZARSE NO ES SÓLO HUIR,
ES PERDERLO TODO.**



CICR

CICR - 10 años de asistencia humanitaria a la población desplazada en Colombia

Esta publicación fue impresa en Linotipia Martínez en el mes de agosto de 2007.
La edición consta de 1.000 ejemplares.